



Gloria Cabot y Marisa Fernandino, entre Chete Lera y Miguel Angel Altet.

"Prometeo", por La Carnicería Teatro, en la Pradillo

Un complejo mundo de sacrificios

Prometeo, el audaz inmortal que desobedeció y engañó a Zeus; ladrón del fuego divino y prisionero de su rebeldía; el encadenado en las cumbres del Cáucaso, devorado por un águila de alas extendidas y liberado por Heracles, impregna la última obra de Rodrigo García. Un *Prometeo* que se constituye a través de las imágenes contemporáneas del sacrificio.

Prometeo está en el "noble arte" del boxeo, en esa figura joven y esbelta que se desliza entre la gloria y la derrota, en la mujer del boxeador, vencida por K.O. a manos del silencio y las ausencias de cada noche, o en los *san sebastianos*, reales y

ficticios, de Andrea de Mantegna, Botticelli, Rafael, Bruce Nauman o Allan McCollum. El sacrificio está en las crónicas despiadadas de la guerra, en la mirada de los que no saben dónde refugiarse en un bombardeo, en la historia de un gato muerto atropellado o en la cálida voz de Elizabeth Schwarzkopf.

En todas estas imágenes, en estas historias grandes y pequeñas de sacrificios que configuran *Prometeo*, siempre queda espacio para un intimismo que nunca es ingenuo; palabras que hablan de la vejez, del pasado y la memoria como única alternativa ética, del hambre, del miedo al abandono y a la soledad.

Son estos fragmentos ("A los maestros del engaño /A los hombres de la chaqueta oscura: manchas en el cemento /Al niño arrastrado por los pasillos de unos grandes almacenes... A los que no pueden creer /A todos y entre todos, también a mí: danos el fuego") los que enlazan con las páginas más hermosas de *Acera Derecha* y *Matando Horas*, obras anteriores de García, que él mismo ha dirigido con *La Carnicería Teatro*.

Los mundos que los personajes de *Prometeo* nos revelan, proceden a veces del análisis exhaustivo, de la contundencia de las fechas y las cifras; otras, del espacio de lo privado, de la emoción. Con todos estos ricos y densos materiales dramáticos que García ofrece, es el espectador quien elabora su propia función, seleccionando aquellos que le resultan más sugerentes. Porque *Prometeo* invita ante todo a la elección, a una selección parcial de secuencias, de las que cada receptor puede obtener un espectáculo distinto.

Esa "función única" y original nace también de la superación de interferencias, de la ruptura con las convenciones teatrales de relación entre actor y público: una tarima que chirría sin cesar, un actor que vocaliza a pesar del protector de plástico, dificultades impuestas ante la comprensión del texto.

Como en anteriores montajes, García pretende explorar el complicado mundo de la palabra y la imagen. Imágenes que están cargadas de referencias a las artes plásticas —desde las instalaciones previas al montaje, de Arturo Iturbe, a la galería de *san sebastianos* posibles a través de la historia del arte, o el relato de la mujer muerta como si se tratara de una cámara inteligente, que analiza cuanto graba— que responden en ocasiones a los gustos estéticos y necesidades subjetivas del autor ante un texto que permite múltiples lecturas de su puesta en escena, puesto que carece de referencias de espacialidad y temporalidad.

Ramón Bilbao y Rodrigo García han planteado un espacio sencillo, en el que sobresalen los materiales primarios (piedras, arena y metal). Gina Gascoigne ha sido la diseñadora de iluminación e Isabel Bertz, colaboradora en *Matando Horas*, se ha ocupado del vestuario. Miguel Angel Altet, Chete Lera, Gloria Cabot y Marisa Fernandino son los encargados de llevar a escena este complejo mundo de sacrificios con un trabajo que parte de la frialdad como fórmula para subrayar el valor del texto, pero que a veces se pierde, ante la protección de la imagen. □

Itziar Pascual